

Capítulo 36 - La historia que cuenta un dragón - La balada de un dragón semi-benévolo

- Capítulo 36 - La historia que cuenta un dragón - La balada de un dragón semi-benévolo

Capítulo 36 - La historia que cuenta un dragón - La balada de un dragón semi-benévolo

Hikari había casi olvidado cómo era escuchar a Doomwing contar una historia. De pequeña, solía insistir en que le narrara relatos. Dreamsong también le contaba historias, claro, pero Doomwing conocía otras historias diferentes, y Hikari quería escuchar tantas como pudiera. Más de una vez, había sido astuta y se había escabullido de su aposento para acercarse donde reposaba el dragón, que generalmente descansaba en el lago o en los campos cercanos. Nunca le había preocupado que alguna desgracia le pudiera acontecer. Para ella, Doomwing era como una fuerza de la naturaleza, y su presencia equivalía a protección. Cada vez, él fingía dormir, abriendo esos ojos dorados solo cuando ella estaba a punto de intentar nadar en el lago o trepar a su hocico. No le reprochaba por escaparse, sino que le preguntaba si había preparado todo adecuadamente. ¿Había puesto los zapatos correctos? ¿Había llevado un manto? ¿Llevaba consigo algún modo de defenderse? Siempre bufaba y hacía pucheros, insistiendo en que ella estaría bien. Mientras él estuviese cerca, ¿qué temor podría tener? Sin embargo, al final, solía seguir sus consejos, solo para evitar que siguiera regañándola. Solo mucho después comprendió qué estaba intentando hacer. Él no siempre estaría allí para protegerla, pero los hábitos que ella había adquirido gracias a sus enseñanzas permanecerían — y le salvaron la vida en varias ocasiones. Pero entonces ella era mucho más joven, y él ya no estaba para agradecerle. Lo mismo ocurría con las historias que solía relatarle. De niña, las encontraba cautivadoras. Como Dreamsong, él era sorprendentemente viejo. Había visto lo mejor y lo peor que podía ofrecer el mundo, y sus relatos versaban tanto sobre lugares lejanos y personajes extraños como sobre problemas familiares que ocurrían en muchas culturas a lo largo de los siglos. Sin embargo, también contenían lecciones, aunque ella no las entendía todas cuando era pequeña. Pero él sabía — como parecía siempre saber — que su mente curiosa nunca olvidaría esas historias, que las valoraría con amor y buscaría en ellas consuelo cuando el mundo se volvía frío y la esperanza menguaba. Solo entonces comprendería esas otras enseñanzas, solo entonces entendería la sabiduría que una mujer adulta podía extraer de relatos fantásticos creados para entretener a una niña. Y, como con su consejo, por mucho que ella entendiera su valor, ya no estaría allí para felicitarla. Pero ahora sí. Y un calor noble llenaba su corazón mientras las palabras familiares de la historia salían de los labios de Doomwing. Ella conocía bien aquella historia, pues la había revivido en su memoria sin contar cuántas veces. Ahora era mayor, y podía ver en él una cansancio profundo que su yo más joven no había percibido, el peso inexorable de los Siete Edades que podía desgastar la fuerza de los hombros más robustos. Pero también veía su fortaleza, no la fuerza que su juventud envidiaba — esas

garras y dientes capaces de desgarrar montañas, esa llama que podía consumir el mundo, y esas alas que atravesaban el firmamento. No. Ella veía la verdadera fortaleza que residía en él: aquella que le había permitido soportar los largos y quebrados años del mundo, todas las estaciones de dolor y pérdida que se fundían una tras otra hasta que solo quedaba un invierno eterno, tan frío que podía apagar incluso la llama de un dragón. Pero no la llama de Doomwing. La llama que ardía en su interior quemaría hasta el fin del mundo. A veces vacilaba. A veces titubeaba. Él no era un dios, por muy poderoso o sabio que se hubiese vuelto. Pero su fuego perduraría, una llama alimentada por el sacrificio de los Siete Edades, digna de los mayores dragones de la Primera Era, esos titanes ya desaparecidos que fueron tan poderosos en sus tiempos que incluso Doomwing, en su niñez, parecía pequeño. Contra todo el sufrimiento y las tristezas del mundo, contra todas las tormentas del destino y la fortuna, contra las sombras que avanzan y las aguas que suben, esa llama seguiría ardiendo, como una luz en la oscuridad, una voz solitaria desafiando al mundo a mostrar lo peor, una montaña espléndida e inflexible, una semilla convertida en árbol que se doblaba pero nunca se rompía, creciendo sin cesar hasta conectar los cielos con la tierra. Cuando Doomwing terminó finalmente de narrar, Hikari cerró los ojos y saboreó las últimas palabras. "Cuando era niña, pensaba que la historia trataba simplemente de dos amigos contentos de volver a encontrarse tras mucho tiempo." "¿Y qué piensas ahora?" preguntó Doomwing. "Que hay más en ella." La mente de Hikari se dispersó hacia otras noches como aquella, a horas pasadas junto al lago con la hoguera ardiendo, sus padres a su lado, y sus amigos discutiendo con alegría sobre temas grandes y pequeños. "El erudito y el general eran amigos muy cercanos, pero discrepaban en muchas cosas." "El erudito no amaba la guerra y deseaba un mundo sin conflictos. El general se sentía vivo en el campo de batalla y anhelaba una última guerra que le diera la muerte que buscaba — una muerte gloriosa y honorable, antes que la enfermedad y la vejez le robaran su fuerza." "Y sin embargo, seguían siendo buenos amigos." Hikari esbozó una sonrisa tenue. "Antes pensaba que los amigos siempre estaban de acuerdo, pero con los años me di cuenta de que eso no era cierto. Un amigo de verdad no necesita estar de acuerdo en todo. De hecho, me gusta creer que un amigo de verdad te diría cuando está en desacuerdo y te ofrecería consejos sabios." "Y hay asuntos en los que el bien y el mal no son tan fáciles de definir," contestó Doomwing. Su mirada era pesada sobre ella, y ella sintió en ese momento que volvía a ser esa niña pequeña, pues ¿qué valor podía tener la sabiduría de mil años para alguien que medía su vida en Edades? "Los hechos pueden resolverse fácilmente, pero las cuestiones del corazón, la conciencia y la filosofía raramente son simples." Miró al agua y a la ciudad más allá. "Una vez le pregunté a tu padre qué haría si se topaba con un grupo de personas que querían cruzar el océano en un barco que ya no navegaba bien. Me dijo que les daría consejo, y si rechazan su ayuda, entonces impediría que avanzaran. Los protegería de ellos mismos." "¿No lo hubieras hecho tú también?" preguntó Hikari, ya adivinando la respuesta. "No. Si ignoraban mi consejo, los habría dejado a su suerte. No me estaban obligando ni a ser su amigo o aliado. El cuidado que les podía dar se terminaba en mi consejo. Si quieren ser necios y no seguirlo, que su destino sea una lección para otros. La ignorancia, he comprobado, puede curarse con conocimiento, pero ninguna sabiduría puede arreglar la estupidez." Hikari frunció los labios, con esa forma tan dracónica de entender el mundo. Sin embargo, comprendía su visión. ¿Cuántas veces habría ofrecido ayuda y consejo solo para que le pasara desapercibido? Él no era insensible, pero tampoco era un manantial de misericordia y compasión. Solo podía hacer lo que estuviera en sus medios, entonces, ¿por qué gastar sus fuerzas en quienes no escuchaban y no tenían la sabiduría para mejorar? "Mi padre siempre fue muy bondadoso," dijo Hikari. "A mi madre le encantaba esa cualidad en él — que pudiera ser tan fuerte y, a la vez, tan gentil. Pero también pensaba que era ingenuo." Su mirada se volvió triste. "Quizá, si hubiera sido un poco más duro, las complicaciones tras su muerte se podrían haber evitado." "Y sin

embargo, si hubiera sido más duro, nunca habría buscado a tu madre ni le habría dado la oportunidad." "Es posible ser amigos aunque se vea el mundo de maneras muy distintas," dijo Hikari. "Esa es una de las enseñanzas de la historia. A pesar de sus diferencias, el erudito y el general confiaron y respetaron al otro. No fueron amigos a pesar de sus diferencias, sino..." "Por ellas." Doomwing se desplazó, como una montaña de escamas rojas y azules que parecía una isla en calma en el agua. "Entonces, déjame contarte otra historia." "¿Es una que ya conozco?" "No. Es la historia de un hombre-tigre que se convirtió en monje." "¿Un hombre-tigre?" Como los kitsune, los hombres-tigre se consideraban criaturas bestiales. Sin embargo, a diferencia de los kitsune, tenían menos facilidad para mezclarse con los humanos. Tenían cabezas de tigre, manos y pies con garras, y sus cuerpos cubiertos de pelaje. Solían ser altos y de complexión fuerte, y tenían fama de ser guerreros feroces e implacables. "Hace mucho tiempo, en la Quinta Era, cuando las tierras de los hombres-tigre estaban en su apogeo, existían muchos reinos en guerra. Entre ellos, un reino gobernado por hombres-tigre. Eran grandes guerreros, y miraban los campos florecientes, los mercados bulliciosos y las minas ricas de sus vecinos llenos de envidia. ¿Por qué ellos, los más grandes guerreros del país, no se apoderarían de esas riquezas?" "Para ellos, solo merecía lo que pudieran tomar con sus propias garras. Si sus vecinos no podían defender lo que tenían, no lo merecían en primer lugar." Doomwing dejó escapar un gruñido profundo. "Y así, los hombres-tigre fueron a la guerra. Sus victorias fueron rápidas y numerosas, y sus enemigos caían como hojas en otoño. Enorgullecidos por sus triunfos, olvidaron su honor. Mataron a quienes se rindieron, apuñalaron civiles sin piedad, e incluso devoraron a sus enemigos para saciar su sed creciente de sangre y poder. Pero sus acciones no quedaron impunes. Otros reinos unieron fuerzas contra ellos, formando una gran coalición. Entre estos, había también hombres-tigre de diferentes reinos. No olvidaron su honor y estaban horrorizados por lo que sus compañeros se habían convertido." "La coalición avanzó contra los hombres-tigre malvados y los derrotó en batalla." "Los gobernantes de los hombres-tigre malvados fueron arrastrados de sus palacios para ser juzgados," afirmó Doomwing. "El rey, la reina y todos los príncipes y princesas fueron llevados ante un consejo enemigo. Los condenaron a muerte, y aún cuando los llevaban a los campos de juicio para ser ejecutados y dejarse devorar por buitres y cuervos, no mostraron arrepentimiento. Al contrario, rogaron por venganza, juraron vengarse y llamaron a su pueblo a levantarse contra los atacantes. Solo uno de ellos no rugió ni bramó ni maldijo. En cambio, lloró." "¿Lloró?" preguntó Hikari. Los hombres-tigre eran famosos por su valentía, algunos incluso dirían que hasta por su temeridad. Los kitsune rara vez se relacionaban con ellos, tal vez porque preferían acciones discretas y tramas secretas a la fuerza bruta. "¿Era un cobarde?" "No. No era un cobarde. De entre la multitud, avanzó un viejo cuervo. Sus plumas se habían vuelto grises, y sus ojos, antes agudos, casi no veían. Era el abad de un monasterio, y preguntó al príncipe por qué lloraba. ¿Tenía miedo?" Pero el príncipe negó con la cabeza. No, no tenía miedo. Sentía vergüenza. Le avergonzaba que, cuando su familia y su pueblo sucumbieron a la locura y al ansia de sangre, él no hubiera hablado. No dijo nada ni hizo nada para detenerlos." Hikari contuvo un estremecimiento. "El abad le señaló que él solo era una persona. ¿Qué podía hacer? Solo era el quinto príncipe. Podrían haberlo encarcelado, exiliado o matado por desobedecer a su padre, y su pueblo lo consideraría un traidor. El príncipe respondió que, al menos, así conservaría su honor." "¿Qué pasó con él?" preguntó Hikari. La historia más cercana a su corazón. "El abad pidió al verdugo que detuviera su hoja, diciendo que ninguna espada podía cortar tan profundamente como el arrepentimiento. El príncipe rogó que lo mataran, para liberarse de la culpa que le oprimía, pero el abad ordenó detener al verdugo. ¿Qué utilidad tendría matar al príncipe? Su familia ya no existía, y su reino estaba en ruinas. ¿Qué daño podía hacer si seguía vivo? Incluso un necio entendería que ya no deseaba hacer daño ni pelear. Pero si le perdonaban, quizás podría comenzar a reparar su honor." "El abad era una persona

misericordiosa," comentó Hikari. "Un viejo cuervo con demasiado tiempo a sus pies," replicó Doomwing. "Pero también sabio a su modo. Debido a su alta estima, el consejo lo entregó al abad, diciéndole que convierta al príncipe en monje. Al menos, que pase el resto de sus días rezando por las almas de los muertos. Y así, el abad llevó al príncipe de regreso a su monasterio. Era un lugar sereno, situado al pie de una montaña y cerca de un lago muy parecido a este. Los monjes allí eran eruditos y sanadores, y eran bienvenidos en muchas tierras. No pedían pago, solo buscaban alimento y alojamiento mientras curaban y daban consejo. También eran famosos por su voto de nunca matar, salvo para comer, ya que algunos, como el príncipe, necesitaban consumir carne para sobrevivir." Doomwing miró hacia el sur. "El príncipe permaneció allí mucho tiempo. Siguiendo la tradición de los monjes, cambió su nombre y adoptó uno nuevo. Le llamaban Hermano Tigre, porque era el único entre los monjes que era un hombre-tigre. Hermano Tigre aprendió directamente del abad, y se hizo experto en sanación, convirtiéndose en un erudito reconocido. Aunque muchos lo miraban con desdén por su oscuro pasado, trabajaba incansable para ayudar a los demás. Muchos sanó, y otros recibieron consejos sabios. En el territorio del monasterio, Hermano Tigre era muy querido, pues no rechazaba a quien necesitaba ayuda y nunca se creía superior. Sin embargo, la culpa en su alma nunca desapareció, ni la carga en sus hombros parecía reducirse. Finalmente, acudió al abad y le preguntó cómo podía liberarse de esa pesadumbre."

"¿Qué le dijo el abad?" preguntó Hikari, no solo por curiosidad. Desde que conocía la historia de Hermano Tigre, comprendía muy bien ese sentimiento. "El abad elogió sus esfuerzos, pero recordó unas palabras que él mismo había dicho. Ninguna espada en el mundo podía cortar tan profundamente como el arrepentimiento. Los que más le habían hecho daño eran ya historia; no podían concederle perdón. Pero, sobre todo, Hermano Tigre no podía perdonarse a sí mismo, y por eso la carga seguiría pesando sobre él." "La culpa," susurró Hikari. "No disminuye con el tiempo. Al contrario, se vuelve más aguda." "El abad le dijo que debía recorrer la tierra. Había pasado sus años en el monasterio o ayudando en los alrededores, pero solo en lugares más lejanos encontraría su respuesta. Pero le advirtió que tuviera cuidado, porque en su camino vería muchas maldades, y su corazón se sentiría tentado a actuar. Que recordara los votos que hizo al convertirse en monje y que procurara seguir ese camino, pero también que entendiera que actuar era una elección... y no hacer nada también era una decisión. Esas palabras le hirieron, porque su mayor arrepentimiento era no haber actuado entonces." Doomwing esbozó una sonrisa triste. "Y así, Hermano Tigre salió del monasterio y empezó a recorrer el mundo. Hizo el bien donde pudo, sanando y aconsejando, ayudando a quien lo necesitaba. Pasaron muchos años desde la guerra que luchó su pueblo, y pocos recordaban quién había sido en realidad. Además, había cambiado mucho; ya no era el joven tigre de antes. Su pelaje, que brillante fue alguna vez, se había ensombrecido con la edad, y su figura fuerte se volvió delgada casi frágil. Era anciano, y le parecía curioso que el abad, ya viejo cuando le pidió que lo perdonara, todavía dirigía el monasterio. Antes de partir, bromeó diciendo que quizás el abad lo superaría en longevidad. El viejo sonrió, aunque con una sonrisa amarga, pues incluso los ojos de un cuervo medio ciego alcanzan a ver mucho más allá." "Hermano Tigre estuvo mucho tiempo vagando hasta que conoció a un dragón. En un día lluvioso, llegó a un puente roto. El dragón advirtió varias veces a los habitantes que debía repararse, pero ignoraron sus palabras aunque tenían dinero suficiente para arreglarlo. Ahora, pedían ayuda al dragón, rogándole que usara su magia para reconstruirlo, antes de que sus medios de vida se vinieran abajo." Hikari parpadeó. "¿Fuiste tú ese dragón, verdad?" "Lo fui. Hermano Tigre, más compasivo que yo, me rogó que arreglara el puente. No vino como mendigo, sino que me propuso un trato: él me regalaría sus conocimientos y su sabiduría, adquiridos en el monasterio y en su viaje. Yo había oído hablar de él y lo conocía como un erudito respetado, así que acepté. No diré que su sabiduría me impresionó mucho; de hecho, en algunos aspectos no coincidíamos. Pero Hermano Tigre no era

un tonto que repitiera las palabras de otros. Era de pensamiento profundo, y se mantenía firme en sus ideas, discutiendo conmigo y cuestionando mis pensamientos." Doomwing se rió suavemente. "Seguía creyendo que estaba equivocado, pero me impresionaba su inteligencia. Quería viajar más allá del puente, y decidí acompañarlo, solo para seguir hablando. No era propio de un erudito de tanto nivel partir sin entender bien las cosas." Hikari se mordió la sonrisa, en parte por recordar cómo Doomwing discutía sin descanso cuando le daba la gana, y muchas veces, ella se dormía escuchando sus debates con Marcus, solo para despertar al día siguiente y encontrarlos aún discutiendo, como si se tratara de un ritual tranquilo, como el murmullo del oleaje en la orilla. "Viajamos juntos muchos años, y de alguna manera, nos hicimos amigos." La mirada de Doomwing volvió al sur. "Tuvimos muchas aventuras, aunque yo hice la mayor parte del trabajo. Y aunque muchas veces pensé que él estaba equivocado, debo decir que siempre disfruté nuestras charlas. Para mí, la compañía de los tontos resulta irritante, aunque tengan razón. Es mucho mejor estar con un erudito respetable, aunque esté en desacuerdo conmigo." "Pero tú no estás de acuerdo con él en todo, ¿verdad?" "Oh, sí. Discrepábamos en muchas cuestiones de conciencia y filosofía. Pero respetaba que buscara defender sus ideas con razón, no con fuego, y admitía que debatir conmigo le ayudaba a entenderse mejor y a acercarse a la iluminación." Doomwing se rió con cariño. "¡Qué tonto era! Siempre le decía que si quería alcanzar la iluminación, solo tenía que pedírmelo, y se la daría." Hikari podía imaginar la escena: un viejo hombre-tigre junto a una fogata, mientras un enorme dragón lo cubría con su sombra, una montaña viviente protegiéndolo del viento y la lluvia mientras discutían felices sobre minucias filosóficas. "Esos días fueron buenos," dijo Doomwing. "La magia ha sido siempre mi primera pasión, pero no me di cuenta de cuánto había aprendido sobre filosofía y otros temas hasta que Hermano Tigre me preguntó. Eso me recordó la Tercera Edad, cuando un amigo me preguntó cómo era volar. Me costó mucho explicarle, pues nunca lo había pensado en serio, pero intentar ponerlo en palabras me ayudó a entenderlo mejor y me convirtió en un mejor volador. Pero esos días felices... Llegaron a su fin." "¿Qué ocurrió?" "La Quinta Catástrofe. Borrachos de locura y de poder, algunos, incluso advertidos por mí antes, lograron convocar un gran mal desde más allá de la Gran Oscuridad: la Estrella Exiliada. Pregunta a Dreamsong si quieres saber más, pero no busques recordar ni una sola visión suya en las tierras de los sueños. Por poderoso que seas, solo de recordarlo, podrías poner en peligro tu vida." Hikari estremeció. Había oído mencionar a la Estrella Exiliada de pasada, pero Dreamsong nunca habló mucho de ella, solo que era una enemistad terrible que pudo destruir el mundo sin la ayuda de los dragones primordiales y sus aliados. La madre de Hikari había llegado a ser la Sexta Catástrofe, y sin embargo, la forma en que Dreamsong hablaba de la Estrella exiliada indicaba que ella consideraba que era más poderosa y que aquello no era poca cosa. "Algunos la adoraban como a un dios, y con su ayuda, convocaron horrores que amenazaban nuestro mundo. Algunos, controlados por los hombres-tigre, pudieron ser detenidos; otros, estaban más allá de su alcance. Un día, enfrenté a uno de esos horrores. Le dije a Hermano Tigre que se retirara a salvo y que esperara mi regreso. Me prometió que lo haría, pero, después, supe que mentía." La sonrisa de Doomwing era amargamente orgullosa. "En lugar de huir, Hermano Tigre fue a ayudar a la gente de un pueblo cercano. Cuando regresé de la batalla, lo busqué, pero no lo encontré. La aldea quedó destruida. Al final, mi magia me llevó a las montañas, donde los habitantes huían en dirección a un reino vecino. Esperaba encontrar a Hermano Tigre entre ellos." "Pero no estaba, ¿verdad?" "No. La gente del pueblo me trajo un libro lleno de notas de nuestras conversaciones, y también su hábito, que llevaba sobre sí, símbolo de su orden. Le pregunté qué había pasado, y me explicaron. La aldea había sido tomada por seguidores de la Estrella Exiliada. Ellos huyeron, guiados por Hermano Tigre, a través de las montañas. Pero con los niños, los ancianos y los enfermos, no pudieron escapar. En lugar de abandonarlos, Hermano Tigre les dijo que siguieran

adelante y él volvería a detenerlos en el camino." Doomwing gruñó con furia. "No era un necio. En su juventud, fue un gran guerrero, pero ahora era viejo y no luchaba desde hace años. Sabía que su fin se acercaba. Les entregó su libro y su hábito para que no se perdieran, y fue a enfrentarse al enemigo, eligiendo un paso estrecho del sendero para hacer su última defensa. Iba sonriente, según contaron los vecinos, y esa fue la última vez que lo vieron." "Ya estaba muerto cuando llegaste," dijo Hikari. "De otra manera, habrías sentido su presencia sin duda." "Sí. Fui al lugar donde peleó, y allí encontré su cuerpo. Era difícil de reconocer por las heridas que tenía. Pero su rostro mostraba una sonrisa, y no había heridas en su espalda. Incluso al final, no quiso huir. Se apoyó en la piedra y luchó hasta que su cuerpo no pudo más, porque sé que su espíritu nunca vaciló." La mandíbula de Doomwing se apretó con fuerza. "El sendero estaba tapado por los cadáveres de sus enemigos, tantos que quienes vivían huyeron en lugar de intentar atravesar de nuevo. Yo extendí mis alas y busqué en la tierra del enemigo. Luego, tomé su cuerpo, junto con su libro y hábito, y volé hacia el monasterio." Doomwing siseó con furia. "Sentí una cólera tremenda mientras volaba. ¿Por qué no huyó cuando pudo? Yo le había ordenado que escapara. ¿Por qué, en ese preciso momento, eligió ignorar mis palabras? ¿Por qué murió por gente que apenas conocía? Y, sobre todo, ¿por qué murió solo? Esos cobardes del pueblo no merecían su valentía. Había jóvenes con brazos fuertes y corazones firmes; ¿por qué él murió solo? ¿Por qué ningún de ellos lo acompañó? Mi amigo murió solo, salvando a quienes no lo merecían." Cada vez que cercano al monasterio, observaba su libro, y en la última página, encontró algo que le partió el alma: una última nota, no de conversación, sino dirigida a él, escrita por Hermano Tigre en su agonía. "No diré sus palabras, pues son de mi propiedad, pero en ella expresa su gran arrepentimiento, cómo su falta de acción lo atormentaba toda su vida. Pero en esta ocasión, decidió actuar. Aunque tuvo que renunciar a los votos de monje, haría lo que debía para recuperar su honor y redimir las vidas que no pudo salvar." Doomwing respiró profundo. "¡Qué tonto! ¡Ese idealista! Él entendió por fin por qué el abad le había pedido que lo perdonaran. Esta era su oportunidad de saldar la deuda por vidas que no pudo salvar antes. ¿Deuda? ¿Qué deuda? ¿Cuántas veces ya había ayudado? ¿Cuántas vidas había salvado? ¡La deuda que pudiera tener fue pagada hace mucho! Y, aun así, fue con una sonrisa y un corazón ligero, libre por primera vez en mucho tiempo, con el peso en sus hombros desaparecido y reemplazado por una libertad que soñaba desde siempre." Doomwing frunció el ceño. "Quise odiarlo por eso, por ir con orgullo a su muerte por gente que apenas conocía, cuando fácilmente pudo haber esperado. Solo si hubiera esperado..." Y, sin embargo, no pudo odiarlo. Era su amigo, y conocía muy bien el peso que la culpa le imponía. Era su última oportunidad — quizás la última — de dejar aquel peso y sentirse en paz y libre en alma y espíritu. Solo deseaba haber podido luchar a su lado, que no hubiera muerto solo, y que su sacrificio hubiera sido reconocido por alguien que lo valorara y honrara. Hikari guardó silencio. Ahora entendía por qué Dreamsong había regresado a los territorios del sueño en ese estado. "Cuando llegué a su monasterio, le conté lo ocurrido," dijo Doomwing. Sus ojos se estrecharon en rendijas doradas. "El abad miró el cuerpo de Hermano Tigre, y el dolor en su rostro fue patente. Pero no aceptó su libro ni su hábito, pues pertenecían a alguien que ya no formaba parte de la orden, por que había roto sus votos. Ni siquiera lo llamó Hermano Tigre, pues quienes son expulsados pierden sus nombres también. Me enfurecí. Si el monasterio y el abad no hubieran sido tan queridos para Hermano Tigre, los habría destruido sin dudar. ¿Acaso no entendían que su elección le costaba su honor? Sin embargo, en medio de mi furia, el viejo cuervo dijo algo que enfrió mi enojo." "¿Qué fue?" preguntó Hikari. "Me pidió que tomara el cuerpo de Hermano Tigre, porque ya no era miembro de la orden. Y recomendó que conservara su libro y hábito, pues le pertenecían a ese hombre que ya no era parte del monasterio. Luego, me dijo que, aunque ingresó como un joven cuervo y, por tanto, no tuvo hijos, si no hubiese sido monje, habría sido orgulloso de llamar a

Hermano Tigre su hijo. Y, haciendo una reverencia, me pidió que llevara sus cosas, pues sabía que yo valoraría más esas pertenencias que el monasterio. Con el tiempo, moriría, y todos los que conocieron a Hermano Tigre se desvanecerían en el olvido. A la comunidad, solo sería otro monje, uno caído en desgracia por abandonar sus votos. Pero para mí, sería diferente. Yo lo recordaría siempre." Y añadió que, aunque los hombres-tigre frecuentemente eran incinerados tras su fallecimiento, los monjes solían sepultarlos bajo árboles, para que en la muerte alimentaran la vida, como en vida. Que podía usar esa información como quisiera, y luego, me ordenó que abandonara el monasterio. Según las leyes de su orden, no volverían a hablar de Hermano Tigre, pero yo no era de su comunidad. Si quería hablar de él, nadie podría impedírmelo." "Es el único acto de misericordia que pudo ofrecer," dijo Hikari. "También lo amaba, ¿verdad?" "No creo que al principio," contestó Doomwing. "Pienso que solo le inspiraba lástima. Pero Hermano Tigre se convirtió en un buen hombre, y el abad llegó a quererlo como a un hijo que nunca tuvo. Y al final, aunque el abad no pudo honrar la elección del tigre, sí pudo entregarle su cuerpo y objetos a quien los apreciara. Encontré un árbol cerca del puente donde nos conocimos, y allí lo enterré. Lo recuerdo claramente, porque estaba junto a un campo de jacintos morados. Nunca me interesaron mucho las flores, salvo por su importancia en la alquimia, pero Hermano Tigre me dijo que simbolizaban sinceridad y arrepentimiento. Me pareció apropiado que su descanso estuviera en un lugar donde pudiera contemplarlas, pues su arrepentimiento finalmente se había transformado en sinceridad." "¿Todavía existe ese árbol?" preguntó Hikari en voz baja. "Sobrevivió a la Quinta Catástrofe, pero solo lo he visto una vez más, en la Sexta Era. Había un pueblo alrededor, y las flores se habían marchitado. Pero los habitantes sonreían y estaban felices, y el árbol estaba rodeado de amuletos. Creían que era sagrado, porque muchos de quienes habían enfrentado tiempos difíciles encontraron refugio y buena fortuna en esa aldea, orando debajo de sus ramas." "¿Se convirtió en un espíritu guardián?" Quizá alguna chispa del espíritu del monje permanecía. "No. Pero había una bendición en esa tierra. No estuvo allí cuando lo enterré, pero sí cuando regresé." Hikari inclinó su rostro en señal de agradecimiento. "Gracias por contarme sobre Hermano Tigre." "Le encantaba contar historias," dijo Doomwing. "Pensaba que así sería más fácil aprender. ¿Sabes por qué te lo digo?" Hikari pensó en varias razones. "Veo los paralelismos." "No pudiste haber evitado lo que le ocurrió a tu madre, eras demasiado joven y débil. Ella te habría sometido como a todos los demás. Pero tú tampoco te uniste a nosotros." "No lo hice." Los puños de Hikari se cerraron con fuerza. "Ojalá pudiera haberlo hecho." "Ella fue tu madre," respondió Doomwing. "Y entiendo tu decisión, aunque no sería la mía. Pregúntale a Dreamsong. Dile que te doy permiso para saber." "¿Me odias?" Hikari todavía no temía a Doomwing. ¿Era una tontería? Quizá. Pero en ella siempre permanecía esa parte que recordaba la seguridad que él le brindaba, la confianza absoluta que una niña ingenua tenía en un dragón que podía aplastarla con un pensamiento y que nunca le había hecho daño. "No," afirmó Doomwing. "Ahora, comprendo las palabras del abad. Nada que pudiera decirte o hacer podría herirte más que la culpa que tú misma sientes. ¿Qué necesidad tengo yo de castigarte si tú ya lo haces?" Y añadió: "¿Dreamsong habló con verdad respecto a lo que quieres para los kitsune?" Ella asintió con entusiasmo. "Planeo devolverlos al mundo, pero he dedicado todo lo que tengo a mejorarlos. No somos los kitsune del pasado. Buscamos amistad y cooperación. Quiero seguir el sueño de mi padre: paz y prosperidad. Queremos estar junto a otros como iguales, no gobernarles como conquistadores." La miró profundamente, y ella supo que la estaba juzgando. "No soy monje. Mi corazón no es misericordioso. Pero Hermano Tigre fue uno de los mejores amigos que tuve, y fue la misericordia la que me permitió conocerlo. El abad le dio otra oportunidad, y su fe fue recompensada. Te daré a ti y a Dreamsong otra oportunidad." Doomwing enseñó sus dientes. "Pero no habrá una tercera. Yo soy un dragón, no un cuervo viejo y metido en líos." Hikari sintió que el peso que llevaba desde

hacía tiempo empezó a aliviarse. "Gracias." "Hay algo que quiero darte. Quise dártelo hace mucho, pero no podía y tú no estabas." El espacio junto a ella brilló, y algo apareció. Hikari abrió los ojos, asombrada, y extendió la mano, casi sin poder creer lo que veía. Era una bandera de verde y oro, con un cruzado espada y arado. "Esto..." "La Bandera del Rey — la enseña del Alto Rey Elerion." La voz de Doomwing se tornó melancólica. "Nunca la conociste, pero su madre fue una hábil costurera. Cuando fue coronado, le pidió que la elaborara, y se llevó a todas las batallas en las que peleó después." "La llevó el tío Valerius," susurró Hikari. "Mi padre le pidió que se retirara, pero insistió, diciendo que la llevaría hasta que no pudiera más." "Sí. Fue uno de los viejos amigos de tu padre y hijo de un zapatero. Antes de que tu padre fuera rey, Valerius acompañaba muchas veces sus aventuras. Cuando ascendió al trono, le pidió que la portara porque confiaba en él más que en nadie." "Pensé que se había perdido," murmuró Hikari. "Estaba allí, al final de la batalla. No me atreví a acercarme a ti ni a Marcus, pero vi a mi padre, y la bandera no estaba con él." "Valerius fue uno de los últimos en caer entre los soldados de tu padre. Para entonces, tu padre tenía la vista nublada, y su espada y armadura estaban rotas. Él mantuvo la bandera en alto hasta que también fue alcanzado, y, al caer, fue pisoteado por las estigas del enemigo. Tu padre luchaba para llegar a donde escuchaba la voz de Valerius, con la esperanza de que no estaba muerto, solo herido. Pero nunca volvió a oír su voz, y en ese lugar luchó, junto a su amigo caído y con la bandera ensangrentada, hasta que encontró su propia muerte." Lágrimas asomaron en los ojos de Hikari. Debería haber luchado a su lado. Probablemente habría muerto, pero, en cierto modo, ¿no sería esa una buena muerte? Ella, sin embargo, se quedó quieta, sin hacer nada. Liderar a los kitsune honradamente era la única redención que podía alcanzar. "No pude recuperarla después," dijo, "ni Marcus. Después, se hizo difícil encontrarla, porque el campo de batalla quedó como una cicatriz en el mundo, una que aún no desaparece. Pero al final, Marcus la encontró. Estaba en un estado miserable, pero logré restaurarla. pensé en devolverla a algún descendiente de tu padre, pero, por lo poco que aprendí en mis momentos de lucidez, ninguno lo merecía. Ahora, estoy despierta, y tú estás aquí... la última de los hijos de mi viejo amigo." "Yo..." "Tómala," dijo Doomwing. "Por derecho, es tuya, pero no olvides esto... la fuerza de tu padre hizo que los reinos se arrodillaran, pero fue su sueño el que los inspiró a seguir. Tú tienes la fuerza para gobernar a los kitsune. Asegúrate de que sea un sueño digno, no una pesadilla." Hikari tomó la bandera y la sostuvo contra su pecho. La había visto tantas veces, incluso en sus manos la sostuvo en algunas ocasiones. Qué valiente parecía su padre con su armadura y en su caballo, con la bandera ondeando a su lado. Parecía invencible, capaz de enfrentar todos los males del mundo y derrotarlos. La bandera volvió a estar en sus manos, y una sensación de pérdida la invadió. Ya no lo tenía para consejos, consuelo ni elogios. Él ya no estaba... pero su sueño podía seguir vivo. Miró a Doomwing. Era un regalo, una advertencia, una promesa y un llamado. Sentía que debía decir algo, y fue lo correcto. "Lo juro. Muchos sueños se rompieron en el fin de la Sexta Edad. Pero ya no." Levantó la bandera al viento. Por un momento, volvió a ser esa niña pequeña, y todo parecía posible. El momento pasó, pero el recuerdo quedó. Si el hijo de un campesino podía convertirse en rey, ¿quién diría que nosotros no pudiéramos forjar un futuro mejor? La madre de Hikari intentó apoderarse de ese futuro, y estuvo dispuesta a someter al mundo a su voluntad. Pero su padre intentó abrir camino, en la esperanza de que otros lo siguieran. Ella siempre decía que Hikari se parecía mucho a su padre. Ella había guiado a los kitsune hasta aquí. Eran personas buenas. Ella lo sabía. Solo debía darles un ejemplo para seguir. "Doomwing," dijo, "quiero conocer a tus seguidores." "¿Qué tienes en mente?" "Si los kitsune ayudan a los habitantes de este mundo, es hora de que las conozcan." "Comprendo." Doomwing asintió lentamente. "Muy bien." Sus labios se curvaron en una sonrisa. "Probablemente también deberías hacer tiempo para Marcus. Sin duda, se hará el enojado si pasas todo el tiempo conmigo." Ella se reía. "Me ha acusado muchas veces de

favoritismo."